

La evaluación del profesorado

Desde hace años nos hemos acostumbrado a que organismos internacionales vinculados a la UE o la OCDE sometan periódicamente a evaluación nuestro sistema educativo, y a que los alumnos pasen, a parte de los exámenes, todo tipo de pruebas para comprobar sus conocimientos y extraer conclusiones sobre la eficacia del sistema. Ambas cosas son sin duda necesarias y muy útiles, pero quedan tremendamente cojas si falla otra pata que ha de permitir una visión completa del conjunto. ¿Cómo están nuestros profesores de primaria y secundaria? ¿Tienen los conocimientos adecuados? ¿Están motivados? ¿Tienen buenos sistemas y voluntad de reciclarse? ¿Pueden aspirar a la promoción salarial? También hace años que diversos organismos tiran de las orejas al sistema español –la última en la conferencia sobre educación global, celebrada en marzo en Dubái– por la escasa forma-

ción permanente de nuestros profesores. Los datos hablan por sí solos: el 36% de los docentes no ha pasado ninguna evaluación ni control desde que entró en la profesión. Y no hay manera de evaluar porque, tanto la Administración central como la catalana, siguen dando largas a la regulación de la profesión docente y, entre otras cosas, a los sistemas de calificación. El debate se ha reabierto ahora también a raíz del documento presentado por el filósofo José Antonio Marina –por encargo del ministerio– en el que reflexiona so-

¿Cómo calificar la labor de los docentes si las condiciones de cada escuela, incluso cada aula, son muy distintas?

bre la evaluación y promoción salarial.

Hay que reconocer que entramos en un terreno delicado porque las cosas no son tan sencillas como en otras profesiones. ¿Cómo evaluar el trabajo de un maestro si las condiciones entre un colegio a otro varían de forma sustancial? No solo en un colegio, sino en un aula. ¿Y en qué periodo de tiempo debemos hacerlo? ¿Por los resultados inmediatos de un curso cuando los especialistas reconocen que esta labor da unos frutos que tardan más de una década en verse? En cualquier caso, sí que hay una cuestión que está clara: las universidades deben cuidar más los estudios de los futuros docentes y por tanto, garantizar que sus conocimientos cuando se incorporen al trabajo sean satisfactorios. Aun así, tenemos una asignatura pendiente en la mejora de nuestro sistema educativo. Nos va en ello que la sociedad esté preparada para los retos que le esperan en un futuro global y muy competitivo.